

# El diálogo interreligioso: pasado, presente y futuro

GONZALO ULLOA RÜBKE

Pontificio Seminario Mayor San Rafael (Chile)  
gonzalo634@yahoo.com

## Resumen

En el presente texto el autor expone la necesidad dramática de llevar a cabo instancias de diálogo interreligioso en la pluralista y conflictiva sociedad actual. Se señalan las condiciones para el diálogo y se presenta un panorama de los encuentros entre las culturas de occidente y de oriente en el pasado, en la era moderna y en la actualidad mostrando ejemplos concretos de encuentro interreligioso que han enriquecido a las partes.

**Palabras clave:** Pluralismo religioso, espiritualidad, mística, diálogo.

## Abstract

In this text the author describes the dramatic need to carry out the requests of interreligious dialogue in this conflictual and pluralistic society. The author identifies the conditions for dialogue and presents an overview of the encounters between western and eastern cultures in the past, in the modern age and today showing concrete examples of interreligious encounter that have enriched the parties.

**Key words:** Religious pluralism, spirituality, mystics, dialogue.

---

Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (España). Profesor en el Pontificio Seminario Mayor San Rafael entre 1973 y 2007. Entre sus publicaciones recientes destacan: “La afectividad y el amor a Dios en el Hinduismo contemporáneo: la Bhákti” (2002), “La moral en la vida cotidiana del budista” (2004), “La sensata locura en la paradoja mística” (2006), “Los conceptos ‘dios’ y ‘conciencia de sí mismo’ en algunos escritos de Anthony de Mello” (2007, coautor).

El presente texto, con las modificaciones pertinentes, corresponde a la *Lectio Inauguralis* dictada por el autor con ocasión de la apertura del Año Académico en el Pontificio Seminario Mayor San Rafael de Valparaíso, 11 de abril de 2008.

Recibido: 12/Mayo/2008 - Aceptado: 5/Junio/2008

Actualmente no es posible dejar de advertir que vivimos en un mundo único o aldea global. Constituye así una suerte de obligación moral interesarnos en los valores y normas conceptuales de culturas y religiones diferentes a la nuestra. Vivimos hoy en un mundo cada día más interdependiente, no sólo en el aspecto comercial y tecnológico, sino también en lo cultural y espiritual.

Efectivamente, en las últimas décadas se ha ido tomando conciencia, cada vez más nítidamente, de la necesidad de trabajar por el diálogo inter-cultural e inter-religioso, pues no se puede amar lo que no se conoce. En este contexto se oye hoy hablar de «conciencia planetaria», de «cultura planetaria».

Por variadas razones que no corresponde profundizar en esta oportunidad, razones de orden histórico, sociológico, psicológico, y, por cierto, comunicacional, hay que agregar, a las diversas iglesias cristianas no católico-romanas y a la comunidad judía, que nos acompañan desde hace siglos, hay que agregar, digo, a religiones y tradiciones de sabiduría que hasta hace algunas décadas parecían lejanas y exóticas a nuestra realidad local y que hoy están presentes y activas entre nosotros.

Por ejemplo, a lo largo del país, aunque principalmente en la zona central, podemos constatar la existencia de grupos representativos de diferentes aspectos de las religiones y filosofías de la India, especialmente del yoga, aunque no exclusivamente, pues existen en Chile instituciones de origen indostánico cuyas enseñanzas incluyen aspectos relacionados con el Vedanta, uno de los más interesantes sistemas ortodoxos de filosofía de India; también numerosas agrupaciones budistas tanto de origen tibetano como taiwanés y japonés, acusan su presencia entre nosotros. Hay también grupos taoistas promovidos y organizados por inmigrantes taiwaneses; estos grupos taoistas son de carácter reservado y no proselitista, sin embargo han ido paulatinamente interesando a algunos chilenos de origen y cultura occidental.

Cabe destacar que algunos de los grupos mencionados están Chile desde finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, aunque sólo recientemente han comenzado a hacerse presentes de manera pública.

Por su parte, la religión musulmana, cuya presencia sigue siendo minoritaria en nuestro país en comparación con las otras tres religiones monoteístas, ha visto la necesidad de construir en Santiago una mezquita, atendida por un Imán proveniente del Medio Oriente, para acoger a la pequeña pero activa comunidad islámica local. En nuestra zona de Valparaíso y Viña del Mar, los fieles musulmanes locales no tienen una mezquita pero sí cuentan con una casa de oración en un barrio de Viña del Mar.

A su vez, la Fe Baha'í, cuarta representante de las religiones monoteístas,

originaria también del Medio Oriente, está presente en Chile desde los inicios del siglo pasado (XX), siendo interesante señalar que en cifras del año 2000 había fieles Baha'í en 215 localidades del país, con un total de algo más de 16 mil miembros; alrededor de un tercio de ese total corresponde a fieles pertenecientes a etnias originarias, principalmente mapuches.

Enfrentados a esta realidad, de estar viviendo en una sociedad global, pluralista en lo cultural, con todo lo que el concepto de «cultura» implica: lo lingüístico, los usos y costumbres, lo religioso, y otros caracteres, que por lo demás, no son sino descriptores de la pluridimensionalidad del ser humano. Frente a esta realidad, entonces, es legítimo preguntarse: ¿Qué condiciones deben darse para que haya realmente diálogo? El vocablo «diálogo» nos da ya una pista, pues en su origen griego viene a significar «a través (o por) de la palabra», también, «a través de la razón», es decir, implícitamente se está estableciendo que quienes «dialogan» son seres humanos, esto es, personas. Es importante subrayar que todo diálogo intercultural (o interreligioso, que viene a ser lo mismo) se da, a final de cuentas, entre personas, aunque con frecuencia, por razones académicas debamos utilizar categorías abstractas, por ejemplo: «los judíos», «los musulmanes», «los budistas», etc.

Aclarado esto, podemos decir que las condiciones para que se lleve a cabo un verdadero diálogo son las siguientes:

1. Autoafirmación, es decir, afirmar la propia identidad personal, cultural, religiosa, lingüística. Si no soy fiel a mí mismo tendré dificultades para abrirme a un «tú» que a su vez quiere abrirse a mí desde su «yoidad».

2. Reconocimiento del otro, como persona, como un «tú», instalada a su vez en su propia y personal circunstancia cultural, religiosa, lingüística, etc.

3. Intercomunicación, es decir, el establecer una verdadera relación interpersonal, intersubjetiva, surgida de manera natural una vez que se cumplen las condiciones de «autoafirmación» y de «reconocimiento del otro» que he mencionado. Sólo cuando hay un «yo» frente a un «tú» puede surgir el «nosotros».

No me cabe duda que el autor que voy a citar enseguida tenía muy claro que el encuentro respetuoso y dialogante con religiones diferentes a la propia es condición indispensable en pro de la paz y la concordia. Escuchemos:

*«No se debe reverenciar únicamente a la propia religión y condenar a las otras, sino que, por diversos motivos, éstas también deben ser reverenciadas. Así, se contribuye al engrandecimiento de la propia religión, y, a la vez, se sirve a las otras. Quienquiera que reverencie a su religión y*

---

*condene a las otras lo hace ciertamente por devoción, pensando: '¿Así glorificaré a mi religión!'. Pero, obrando así, grande es la injuria que inflige a su religión. Por consiguiente, buena es la concordia: que todos escuchen y estén dispuestos a escuchar las doctrinas profesadas por otros...»<sup>1</sup>.*

El autor de este texto, de hermoso contenido, no se inspiró en el espíritu del Concilio Vaticano II, aunque a primera vista pareciera ser una paráfrasis de la Declaración *Nostra Aetate*, sino que se debe a la iniciativa del rey indio Ashoka, del siglo III a.C. gran monarca de la dinastía Maurya. El rey Ashoka se convirtió al Budismo, a consecuencias de lo cual no sólo firmó tratados de paz con todos sus habituales enemigos, sino que ordenó erigir columnas a la entrada de las principales ciudades del reino con inscripciones de contenido espiritual y moral de acuerdo a la doctrina budista; hizo también lo mismo en rocas situadas al alcance de la vista de quienes viajaran por los caminos del reino.

Continuando con el tema del diálogo, es mi convicción que en la medida en que estemos atentos a los grandes problemas de la humanidad y auscultemos un futuro que no sea el de una suicida destrucción colectiva, estaremos de acuerdo en que el diálogo entre las religiones es necesario con urgencia, más aún, con urgencia dramática, pues el encuentro de las diferentes religiones ofrece un terreno común para todos los hombres, siendo el factor que más facilita la comprensión entre los pueblos; es ésta una gran verdad, aunque pueda parecer muy difícil, o incluso imposible y aunque los sectores integristas o fundamentalistas, presentes siempre al interior de las religiones, puedan pensar lo contrario, o incluso actúen en sentido contrario. No me cabe duda que si las religiones aprenden a conocerse y comprenderse mutuamente y por cierto a cooperar en vistas de un objetivo común, como es la paz mundial a partir de la fraternidad entre las culturas, contribuirán más a esa fraternidad universal y a esa paz mundial que todos los esfuerzos de los políticos. Lo que de verdad dará frutos es la conversión del corazón de cada ser humano, no la sola firma de utópicos tratados de desarme o de no agresión, los cuales por cierto, siempre serán bienvenidos, pero, obviamente, nunca serán suficientes si no hay una transformación interior de las personas.

La Iglesia Católica ha estado desde hace algo más de cuarenta años preocupada de la promoción del diálogo inter-religioso, creando Consejos Pontificios dedicados exclusivamente al conocimiento y encuentro con todas las religiones. A modo de ilustración me permito citar unos párrafos de la Declaración *Nostra Aetate*, sobre la relación de la Iglesia Católica con las

---

<sup>1</sup> Edicto en roca nº XII, Rey Ashoka, India, s.III a.C. en J. BLOCH (traducción y comentarios): *Les inscriptions d'Asoka*. Société d'Édition «Les Belles Lettres», Paris 1950, 121.

religiones no cristianas (1965). Es preciso aclarar, de paso, que actualmente en el mundo académico no se utiliza la expresión «religiones no cristianas», sino más bien se habla de «religiones no abrahámicas», o, aunque en menor medida, «tradiciones no comprendidas en el ámbito judeo-cristiano».

Dice la Declaración *Nostra Aetate*:

*«La Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas, que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres. Y más adelante, declara: No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. La relación del hombre para con Dios Padre y la relación del hombre para con los hombres sus hermanos, están de tal forma unidas que, como dice la Escritura, el que no ama, no ha conocido a Dios (1 Jn, 4,8)»<sup>2</sup>.*

Recordemos que la Declaración *Nostra Aetate* dedica sendos párrafos específicamente dedicados el uno al Judaísmo y el otro al Islam (nº 4 y nº 3 respectivamente).

Desde finales de los años 60 se ha constituido en Chile la Fraternidad Judeo-Cristiana tanto en Santiago como en la Vª Región. La filial de Valparaíso/Viña del Mar estuvo muy activa desde 1987, año que constituyó una verdadera re-fundación, hasta hace tres años atrás, con ocasión de la creación –por iniciativa del señor Obispo de Valparaíso Monseñor Gonzalo Duarte García de Cortázar– de un Grupo de Diálogo Interreligioso en el que participan representantes del Judaísmo, del Cristianismo Católico-romano, del Cristianismo de la Reforma, del Islam, de la Fe Baha'í y del Budismo.

Esta circunstancia significó que para no duplicar esfuerzos, la Fraternidad Judeo-Cristiana local ha entrado, de hecho, en un período de receso indefinido, continuando la participación de representantes de la Comunidad Israelita local en el Grupo de Diálogo Interreligioso al que ya he aludido. Lo mismo puede decirse de la participación de las Iglesias de la Reforma.

Considerando que los encuentros amistosos y en ambiente de diálogo entre las religiones de la tradición abrahámica suelen ser motivo de notas periodísticas tanto en diarios o revistas como en publicaciones periódicas de las respectivas comunidades, es que no ahondaré en ellas, sino que me detendré más bien en la situación del diálogo con algunas tradiciones no abrahámicas por ser un tema al que vengo dedicándome por cerca ya de cuarenta años; haré, pues, una reseña de los principales hitos que han

<sup>2</sup> Declaración *Nostra Aetate*, nº 2.

marcado el encuentro entre las culturas de Oriente y Occidente desde la antigüedad hasta los tiempos actuales, con la finalidad de mostrar que el intercambio de características culturales por el contacto de distintos grupos —que los antropólogos llaman «aculturación» y la Iglesia «inculturación»— es un fenómeno frecuente en la historia y que se produce por las más diversas causas: invasiones, guerras, migraciones masivas, etc., a las que hay que añadir los influjos culturales resultantes de la masificación actual de las tecnologías comunicacionales (televisión e internet, por ejemplo). Tales encuentros son los que pueden servir de puentes para promover el diálogo entre las culturas.

Se podría decir que es probable que los primeros encuentros entre Oriente y Occidente en la antigüedad se dieron en la región del noroeste de India, escenario de continuos contactos e intercambios entre culturas diferentes. La antigua zona de Bactriana, al norte del actual Afganistán fue el «canal» por el que las poblaciones indias recibieron y asimilaron elementos de la cultura grecorromana a través del arte helenístico, que fue introducido por Alejandro Magno y sus tropas en el siglo IV a.C. La cultura helenística llegó también hasta el territorio de Gandhara, en la zona del alto Indo y Kabul, donde habitaban numerosos monjes budistas, quienes aprendieron a conocer la cultura occidental en su contacto con los ejércitos de mercenarios formados por romanos, griegos y hombres de otros pueblos mediterráneos y del Asia Menor; de esa mezcla de culturas nació el «arte greco-indio» o arte de Gandhara, de gran influjo hasta el s.V d.C. El arte de Gandhara se destaca por presentar la figura de Buddha más «humanizada»; aparece la figura del Boddhisattva, ejemplo de caridad activa y de piedad humana, en lugar de los complejos símbolos que intentan representar el Nirvana o el éxtasis místico en otras formas del arte búdico.

Otros encuentros se dieron también en Egipto, en la ciudad de Alejandría, en los siglos inmediatamente anteriores y posteriores al advenimiento del cristianismo. Alejandría fue un centro cultural de gran importancia, donde se daba especial valor a la herencia espiritual tanto de Asia Menor como de la India: según crónicas cuya autenticidad no ha sido comprobada, se habla de la presencia allí de ascetas venidos de India, quizás hindúes, quizás budistas.

No es el caso tratar ahora de la probable influencia «de ida y vuelta» entre algunos aspectos de la ascética hindú y budista y la doctrina mística cristiana de la vía negativa o «apofática», es decir, aquella doctrina por la cual se niega asignar al ser divino atributos positivos, conceptos y categorías, prefiriendo la negación, por ejemplo, al enfatizar su carácter innominado e inefable<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Cfr. H. DUMOULIN: *Encuentro con el Budismo*. Barcelona 1982, 16 y ss.

Con relación a los eventuales influjos «de ida y vuelta» a que hago mención, es importante destacar que hasta tiempos recientes era habitual que algunos autores cristianos afirmaran –por cierto erróneamente– que aquellos rasgos análogos a determinados aspectos del cristianismo que encontraban en religiones del Asia no abrahámica, eran, necesariamente, resultado del influjo cristiano en esas tradiciones. Un buen ejemplo de esto es el tema del amor de Dios al hombre y del hombre a Dios tal como aparece en el Bhagavad-Gita, hermoso libro místico cuyo texto definitivo terminó de fijarse entre los siglos II y I a.C. También encontramos casos similares a propósito de los Upanishad, magníficos textos místicos y metafísicos, todos ellos anteriores al Cristianismo, de los cuales el filósofo alemán Arthur Schopenhauer llegó a decir que «han sido el consuelo de mi vida y serán el consuelo de mi muerte».

Habría que añadir los encuentros, hacia finales de la Edad Media, del veneciano Marco Polo y de misioneros franciscanos con el budismo chino en los siglos XIII y XIV; a los misioneros cristianos impresionó mucho la vida austera y ascética de los monjes budistas, formándose de ellos la mejor impresión.

Los encuentros Oriente-Occidente en los tiempos modernos, concretamente con el Budismo, tuvieron lugar desde el s.XVI, con la llegada de San Francisco Javier al Japón, quien al desembarcar en la sureña isla de Kyushú, visitó un templo Zen, entablando una amistosa relación con el Abad Ninshitsu<sup>4</sup>. En los tiempos siguientes, hay múltiples testimonios de disputas y controversias filosóficas y teológicas entre misioneros cristianos y monjes budistas, las que fracasaron por el tono apologético e impositivo que daban los cristianos a sus argumentos y por no alcanzar a comprender las características de la mística budista, a las que atribuían, erróneamente, un carácter nihilista. Además de Francisco Javier, hay que mencionar la gran labor de acercamiento con el budismo y con otras religiones asiáticas realizada por misioneros como los padres Odorico de Pordenone, franciscano, en China en el s.XIII, Mateo Ricci, jesuita, en China y Japón, en el s.XVI, los padres Ippolito Desideri y Antonio de Andrade, en Tíbet, en el s.XVII, el padre Alexandro Valignano, jesuita, en Japón en el s.XVII, el padre Roberto de Nobili, jesuita, en India, en el s.XVII, y muchos más que al igual que los mencionados, escribieron crónicas de viajes y comentarios de sus experiencias de *inculturación* del cristianismo y de diálogo con los creyentes del taoísmo, del budismo y del hinduismo. Muchos de ellos no se limitaron a predicar el Evangelio de Cristo, sino que se interesaron muy seriamente en conocer las costumbres, la cultura y la religión de los pueblos

<sup>4</sup> Ibid., 23.

que los acogían. Sin embargo, hay que decir también que sus esfuerzos e interés en el diálogo interreligioso no siempre fueron bien comprendidos por las autoridades de sus respectivas órdenes religiosas, y en este sentido podría pensarse que no era aún el tiempo propicio para que dichos esfuerzos fructificaran adecuadamente en la mentalidad europea de la época.

Para terminar este breve panorama de los encuentros modernos entre el budismo y el cristianismo, reseñaré algunos acontecimientos especialmente significativos en las últimas décadas, la mayoría de ellos por iniciativa del Centro para la Religión y la Cultura, de la Universidad Nanzan, institución católica dirigida por la congregación del Verbo Divino en la ciudad de Nagoya, en Japón. El lema que inspiró las realizaciones a las que me referiré fue: *«No se trata tanto de estudiar y comparar, cuanto de vivir y de encontrarse»*.

En 1979, veinticinco representantes de varias escuelas del budismo japonés y dos sacerdotes del Shinto, la religión nacional de Japón, fueron a Europa, pasando veinte días en monasterios de monjes benedictinos y trapenses, participando lo más completamente posible en la vida diaria de los monjes cristianos.

Al mismo tiempo, se organizaron en varias ciudades europeas exposiciones de pintura Zen y conferencias públicas sobre las relaciones entre el Budismo Zen y el Cristianismo, así como muestras de diferentes artes inspiradas por el espíritu del Zen. Las ciudades visitadas fueron París, Bonn, Amsterdam, Bruselas, Colonia y Munich. La peregrinación culminó en Roma con un cordial encuentro con el Papa Juan Pablo II y una reunión de evaluación final. Al comentar esta iniciativa, el Papa dijo que era *«un acontecimiento que hace época en la historia del diálogo interreligioso»*.

En 1983, quince monjes católicos y dos monjas participaron por quince días en la vida de monasterios del budismo Zen en Japón.

En 1987 se realizó la tercera experiencia de este tipo. Entre el 23 de agosto y el 16 de septiembre, diecisiete monjes Zen fueron huéspedes, divididos en seis grupos, de monasterios benedictinos en Francia, Holanda, Italia, España, Alemania e Inglaterra. Previamente a su partida, en Kyoto, habían asistido a conferencias sobre el cristianismo y el monacato cristiano. Terminados los ejercicios espirituales con los monjes benedictinos, fueron recibidos una vez más por el Papa Juan Pablo II, reuniéndose después en una localidad italiana para realizar una reflexión en común sobre la experiencia hecha. El abad Gensho Ozumi, que era el responsable de todo el grupo japonés, declaró encontrarse totalmente satisfecho por los progresos hechos en vista de una mejor comprensión entre budistas y cristianos<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> W. GARDINI: "El Centro para la Religión y la Cultura, de la Universidad Nanzan", en Revista 'Oriente-Occidente', Buenos Aires, VIII, n° 1-2 (1987), 195 y ss.

Especial mención merece, por la publicitada actualidad del personaje, la invitación que hizo al Dalai Lama del Budismo de tradición tibetana, la Comunidad Internacional para la Meditación Cristiana (World Community for Christian Meditation) con sede en Londres, y presidida por el monje benedictino Laurence Freeman. La mencionada Comunidad fue fundada por el benedictino John Main en la década del sesenta con la finalidad de promover entre los cristianos un método de oración contemplativa basado en la tradición de San Juan Casiano y los Padres del Desierto, como una manera de ofrecer una alternativa frente las técnicas orientales de meditación tan en boga en Occidente. Habiendo comenzado en Londres con un pequeño grupo de seguidores laicos, hoy la Comunidad Mundial para la Meditación Cristiana está extendida en gran parte del mundo, incluido el lejano Oriente. Habiendo fallecido el Padre Main en 1982, en su homenaje se crearon los «Seminarios John Main», que cada año reciben en Londres a especialistas en temas de teología y espiritualidad en una perspectiva de apertura y diálogo con diversas denominaciones cristianas. En 1996 se invitó –como ya dije– por vez primera a un representante de una tradición religiosa ajena al ámbito judeo-cristiano: en efecto, se invitó al Dalai Lama, como cabeza espiritual y política de los tibetanos, quien representa al lamaísmo, nombre con que se suele conocer al Budismo tal como se desarrolló en el Tíbet. La invitación al Dalai Lama no fue fruto del azar, sino que fue motivada por el encuentro que el Dalai Lama había tenido años antes –en Canadá– con el Padre John Main, generándose entre ambos una rica sintonía espiritual.

Así, pues, en el «Seminario John Main» de 1996 se propuso al Dalai Lama una serie de cinco textos del Nuevo Testamento, invitándolo a comentarlos libremente desde la perspectiva budista. El desarrollo del contenido del Seminario, que se extendió por varios días, fue publicado íntegro, primero en inglés y casi de inmediato en castellano, permitiendo seguir paso a paso no sólo los sorprendentes comentarios del Dalai Lama a los textos evangélicos, sino también la interacción de los panelistas de cada sesión, tanto entre ellos como con el ilustre invitado. El libro incluye las intervenciones del P. Laurence Freeman en su calidad de anfitrión, así como dos capítulos finales, uno con la presentación de «la perspectiva cristiana» y el otro con «la perspectiva budista», con los respectivos glosarios de términos claves en una y otra religión. Es un libro para reflexionar<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> DALAI LAMA: *El Buen Corazón: una perspectiva budista de las enseñanzas de Jesús*. Editorial Norma, Barcelona, 1997.

En esa ocasión, dijo el monje budista [...haciendo referencia a los encuentros que en dos ocasiones diferentes había tenido con Thomas Merton, trapense, y con un anónimo monje de Monserrat]:

*«Estos dos encuentros me han ayudado –dice– a desarrollar una profunda reverencia por la tradición cristiana y su capacidad para conformar personas de tal bondad. Creo que el propósito de todas las grandes tradiciones religiosas no es el de construir inmensos templos y edificaciones externas, sino crear templos interiores de bondad y compasión, en lo más íntimo de nuestros corazones. Todas las grandes religiones tienen el potencial de hacer esto. Cuanto mayor sea nuestra percepción respecto al valor y eficacia de otras tradiciones, más profundo será nuestro respeto y reverencia hacia las otras religiones. Esta es la mejor manera de promover una verdadera compasión y un espíritu de armonía entre las religiones del mundo»<sup>7</sup>.*

En los últimos diez años han continuado los encuentros cristiano-budistas, fruto de diferentes iniciativas y circunstancias. Algunos de ellos por iniciativa del *Pontificio Consejo para los No-Cristianos*, de la Santa Sede católica, en Roma. Otros, fruto de iniciativas de instituciones académicas como la citada Universidad Nanzan en Japón, la Universidad «Sophia» también de Japón, en Tokio, fundada por la Compañía de Jesús, la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador, de Buenos Aires, del Centro de Estudios de Asia y África, de El Colegio de México, importante centro de investigación académica de alto nivel en la ciudad de México, etc.

En Valparaíso, la Pontificia Universidad Católica ha recibido en varias oportunidades, desde 1989, a Lamas del budismo tibetano que han dictado conferencias, así como a un monje del budismo Zen proveniente de Hawái que también, en dos o tres ocasiones, ha ofrecido charlas en las dependencias de nuestra Universidad.

Estos significativos encuentros entre cristianos y budistas que acabo de reseñar muestran no sólo la factibilidad del diálogo entre tradiciones diferentes, sino también los frutos de alta «calidad» espiritual que recogen quienes participan de tales experiencias. La antigua frase «no se puede amar lo que no se conoce» debería ser uno de los lemas de tales encuentros. El encuentro dialogante con el «otro», cumplidas las condiciones que he enumerado hace un momento, no puede sino beneficiar a quienes se comprometen en la noble, aunque ardua, tarea de promover el diálogo intercultural e interreligioso. Por otra parte, el descubrimiento de la existencia de vivencias religiosas diferentes a la propia incentiva una actitud de humildad ante el misterio de «lo santo», abriendo el corazón a la comprensión, la acogida y la tolerancia respecto de quienes guían sus vidas según sistemas de creencias y prácticas a veces muy diferentes de las personales.

<sup>7</sup> Ibíd., 23.

Acercándonos ya al término de estos comentarios reproduciré unos párrafos de la Encíclica *Redemptoris Missio*, de 1990, sobre la permanente validez del mandato misionero, en la que Juan Pablo II hace referencia específica al diálogo con las culturas y religiones. Dice el Papa:

*«A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo, siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión ad gentes. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes como si fueran intercambiables. (...) El diálogo debe ser conducido y llevado a término con la convicción de que la Iglesia es el camino ordinario de salvación y que sólo ella posee la plenitud de los medios de salvación. (...) El diálogo no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que 'sopla donde quiere' (Jn, 3,8). Con ello la Iglesia trata de descubrir las 'semillas de la Palabra', el 'destello de aquella verdad que ilumina a todos los hombres', semillas y destellos que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad. El diálogo se funda en la esperanza y la caridad, y dará frutos en el Espíritu. Las otras religiones constituyen un desafío positivo para la Iglesia de hoy; en efecto, la estimulan tanto a descubrir y a conocer los signos de la presencia de Cristo y de la acción del Espíritu, como a profundizar la propia identidad y a testimoniar la integridad de la Revelación, de la que es depositaria para el bien de todos»<sup>8</sup>.*

El título que he elegido para esta Lectio ha sido: «El diálogo interreligioso: pasado, presente y futuro». Me he referido con cierta amplitud a un panorama del pasado y del presente; por cierto, hay una gran cantidad de información de la cual he utilizado una mínima parte, principalmente en lo que dice relación con la situación presente del diálogo interreligioso.

Abrigo la esperanza en que los pasos y experiencias en curso incentiven a las nuevas generaciones a continuar trabajando en esta meritoria y hermosa tarea en pro de la armonía y la colaboración entre las tradiciones religiosas, aunando esfuerzos para lograr un día una verdadera fraternidad universal, convencidos todos de que hay un solo Dios y una sola Humanidad.

Es bueno recordar al Rey Ashoka cuyo Edicto en Roca cité al inicio: «...Buena es la concordia: que todos escuchen y estén dispuestos a escuchar las doctrinas profesadas por otros...».

Finalmente, a modo de cierre de esta Lectio y como contraparte polar, es decir complementaria a aquella cita del rey Asoka que leí completa al comienzo, he descubierto la oración que pronunció Thomas Merton (1915-1968) al clausurar el Primer Encuentro Espiritual en Calcuta, India, en Octubre de 1968 (el Padre Merton, Luis en religión, falleció el 10 de diciembre de ese año).

<sup>8</sup> JUAN PABLO II: *Redemptoris Missio*, n° 55-56.

Antes de ir a la cita a la que he aludido, es interesante explicar que ese «Encuentro Espiritual» fue iniciativa de la organización de nombre «El Templo del Entendimiento» (*The Temple of Understanding*) integrada por líderes religiosos y seculares de diferentes confesiones cuyo objetivo es «promover la educación, la comunicación y el entendimiento entre las religiones mundiales, y para establecer el Templo del Entendimiento como un centro y símbolo de esta iniciativa»<sup>9</sup>.

La oración de clausura pronunciada por Thomas Merton de manera improvisada según propia confesión es la siguiente:

*«¡Oh Dios! Somos uno contigo. Tú nos has hecho uno contigo. Tú nos has enseñado que si permanecemos abiertos unos a otros tú moras en nosotros. Ayúdanos a mantener esta apertura y a luchar por ella con todo nuestro corazón. Ayúdanos a comprender que no puede haber entendimiento mutuo si hay rechazo. ¡Oh Dios! Aceptándonos unos a otros de todo corazón, plenamente, totalmente, te aceptamos a ti y te damos gracias, te adoramos y te amamos con todo nuestro ser, porque nuestro ser es tu ser, nuestro espíritu está enraizado en tu espíritu. Llénanos, pues, de amor, y únenos en el amor conforme seguimos nuestros propios caminos, unidos en este único Espíritu que te hace presente en el mundo, y que te hace testigo de la suprema realidad que es el amor. El amor ha vencido. El amor es victorioso. Amén»<sup>10</sup>.*

---

<sup>9</sup> T. MERTON: *Diario de Asia*. Trotta, Madrid 2000, 65, nota 21. El término «templo» no alude aquí a un edificio físico destinado al culto.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, 281.